

ses, hijo mio, quiera yo iniciarme contra tu voluntad en las tuyas; yo me alegro infinito al verte consultar tus deberes y dignidad, comenzando á pensar por tí mismo, como tantas veces te tengo instado para que lo hagas. Sin embargo la experiencia de la que tanto tiempo ha ejercido tu autoridad en la isla de Man, no te seria tal vez inutil en el asunto de que se trata.

— Perdone vm., querida madre mia, respondió el conde con gravedad, no soy yo quien ha deseado encargarse de este negocio. Si vm. le hubiera despachado sin consultarme, me hubiera parecido muy bien; pero habiendo tomado conocimiento del caso, me parece harto importante, y debo concluirle lo mejor que permitan mis alcances.

— Anda, pues, anda, hijo mio, dijo la condesa, y Dios te ilumine con sus luces, pues que no quieres servirte de las mias. Primo Peveril, espero le recordarás lo que debe á su honor, y que le harás conocer no hay nadie capaz de abandonar sus derechos sino un cobarde, ni de fiarse de sus enemigos sino un loco.

El conde no respondió nada, y, tomando á Peveril de la mano, subió con él á su cuarto, por una escalera de caracol, y le llevó despues á una torrecilla que daba á la mar, en medio del bramido de las olas y del grito de las paviotas, tuvo con él la conversacion siguiente.

— Peveril, es una fortuna que yo haya visto estas órdenes. Mi madre hace el papel de reina arriesgándose á perder no solo mi corona de que no hago mucho caso, sino tambien la cabeza; y por muy poco caso que de ella puedan hacer los demas, yo hallaré algun inconveniente en que me la corten.

— ¿De qué se trata pues? preguntó Peveril inquieto.

— Parece que como la vieja Inglaterra, cada dos ó tres años, se divierte en tener un transporte de fiebre cerebral para provecho de sus doctores, y para sacudir aquel letargo mortal, resultado de la paz y prosperidad, está ya para venir decididamente loca, con motivo de una conjuracion real ó supuesta de católicos romanos. He leído un programa sobre esto, es-

crito por un tunante llamado Oates, y le miro como la mayor extravagancia que jamas llegó á mi noticia. Pero este astucioso bribon de Shaftesbury y algunos otros de los grandes se han apoderado de las riendas, y corren tanto que rebentarán los caballos. El rey que ha jurado no servirse de la almohada en que su padre durmió, contemporiza, y se deja llevar de la corriente; el duque de York, sospechoso y aborrecido con motivo de su religion, está para ser enviado al continente. Muchos de los principales nobles católicos están alojados ya en la Torre; y la nacion, como el toro que muchas veces se divierte en perseguir á los habitantes de Tutbury, se ve asaltada por tantas provocaciones, por tantos folletos pestilentes, que se ha puesto la cola entre las piernas, ha mostrado los talones, se ha desbocado, y ha venido á ponerse tan furiosa, tan indómita, como en 1642.

— Ya debia vm. saber todo esto, dijo Peveril, me sorprendo no me haya vm. dado noticias tan importantes.

— Hubiera necesitado mucho para hacérte-

las saber, respondió el conde; por otra parte, yo tenia deseos de verte *solus**, despues iba á hablarte cuando entró mi madre, y en fin era esto un negocio que no me competia. Pero estos despachos del corresponsal particular de mi política madre, hace que las cosas tomen otro aspecto nuevo, porque parece que algunos delatores, oficio que habiendo llegado á ser provechoso le ejercen hoy muchos, se han atrevido á ver en la condesa misma un agente de esta conspiracion, y han encontrado personas dispuestas á darles oidos.

— Como soy, dijo Julian, que vm. y su madre toman estos asuntos con mucha calma; pero sobre todo, y á lo que me parece, la condesa; porque no ha manifestado inquietud sino en la pronta partida para este castillo, y no se ha mostrado mas apresurada de lo que exigia la decencia en comunicar á vm. esta novedad.

* Solo: este término latino conservado en el estilo moderno del teatro, con algunas otras como *exceunt*, etc. para indicar los movimientos de la escena: el joven rey la emplea de intento, para no dejar escapar la ocasion de burlarse á costa de su dignidad real dramática.

— Mi buena madre gusta del poder, á pesar de que le ha costado muy caro. Quisiera poder decir con verdad que mi negligencia para los negocios es enteramente afectada, con el fin de dejar en sus manos el ejercicio de mi autoridad, y que se unen á mi indolencia natural motivos mas laudables. Pero el hecho es que al parecer teme ahora que mis ideas sobre el peligro que nos amenaza, no se conformen del todo con las suyas, y ha tenido razon en suponerlo.

— Pero, ¿en dónde está ese peligro, mi estimado conde? ¿bajo qué forma se presenta?

— Voy á explicártelo. No necesito recordar el caso del coronel Christian. Este hombre, sin hablar de su hermana, la señora Christian de Kirk-Truagh, de quien has oido hablar muchas veces, á quien tal vez has visto, y que es dueña de propiedades considerables, ha dejado un hermano llamado Eduardo Christian, á quien nunca viste. Ahora bien, este hermano... pero estoy seguro de que sabes esta historia.

— A fe mia que no; vm. sabe la precaucion

de la condesa en esta parte, pues nunca ni aun por incidencia habla de este asunto.

— Por vida mia, yo creo que allá en su interior está un poco avergonzada de este acto tan osado de reina y de jurisdiccion suprema, cuyas consecuencias han mutilado tan cruelmente mis dominios. Y bien, primo, este mismo Eduardo Christian era entonces uno de los *deemsters* * del pais, y era muy natural que no cuidara de concurrir á la sentencia que condenaba á su hermano mayor á que le mataran como un perro. Mi madre, cuya autoridad estaba entonces en todo su vigor, y que no permitia resistiese nada á su voluntad, hubiera confundido de buena gana al juez y al acusado en la misma sentencia; pero Eduardo tuvo toda la prudencia que debia saliendo con tiempo de esta isla. Desde este tiempo, se ha guardado silencio sobre este negocio; y aunque sabemos que el *deemster* viene de tiempo en tiempo secretamente á visitar la isla con otros dos ó tres puritanos de la misma estofa, y prin-

principalmente con un pícaro astucioso llamado Bridgenorth, sin embargo mi madre ha tenido hasta el día bastante buen juicio para hacer la vista gorda, aunque dice ella tener ciertos motivos para desconfiar en particular de este Bridgenorth.

— ¿Y por qué? dijo Peveril esforzándose para hablar, ocultando así la sorpresa tan desagradable que experimentaba; ¿por qué se separa hoy la condesa del camino marcado por su prudencia?

— Conviene hacerte saber que el caso en el día es ya muy distinto. No les basta que se les tolere, quieren estos pícaros dominar. En este momento de general efervescencia han sabido hallar amigos. El nombre de mi madre, y sobre todo el de su confesor, del jesuita Aldrick, se han citado en medio de esa conjuración inexplicable, para la cual es tan peregrina la conjuración, como para nosotros dos, si es cierto pueda existir alguna. Con todo eso, ella es católica, y eso basta. No dudo que si pudieran los pícaros echar la zarpa sobre nuestro cacho de reino y degollarnos á todos, les daría las gra-

cias la Cámara presente de Comunes con tanta liberalidad como se las dió por servicio semejante al viejo Christian el parlamento que se llamó de la *rabadilla*.

— Y ¿quién le ha dado á vm. todos esos detalles, preguntó Peveril, hablando todavía con el mismo esfuerzo que hace para pronunciar algunas palabras un hombre medio dormido.

— Aldrick ha tenido una entrevista secreta con el duque de Yorck. Su Alteza Real confesaba llorando su poco poder para favorecer á sus amigos; aunque se necesita algo mas de una friolera para que se le salten las lágrimas. Este príncipe le ha encargado nos avise para que estemos alerta, y cuidemos de nuestra seguridad, visto que el *deemster* Christian y Bridgenorth están en la isla con órdenes secretas y severas, que tenían aquí un gran partido, y que debían ser reconocidos y protegidos en todo cuanto emprendieren contra nosotros. Los habitantes de Ramsay y de Castletown, por desgracia, están resentidos á causa de algunos reglamentos nuevos sobre las contribuciones; y, para decir la verdad, aunque mi primer jui-

cio sobre la partida precipitada de ayer tarde la calificó de caprichosa por parte de mi madre, estoy poco menos que convencido, que nos hubieran sitiado en el castillo de Rushin que no hubiéramos podido conservar por falta de viveres. Aquí tenemos mas provisiones, y como ya estamos sobre aviso, es probable que no se verifique la insurreccion proyectada.

— Y ¿qué hay que hacer en este peligro?

— Esta es precisamente la cuestion, querido primo mio. Mi madre no halla otro medio de poner manos á la obra sino dejar el ejercicio libre á la autoridad real. Aquí están los mandatos lanzados por ella para hacer que prendan á Eduardo Christian y Roberto... digo mal, Rodolfo Bridgenorth, y que los juzguen al instante, juicio que tendria sin duda el resultado de llevarlos al patio del castillo y darlos cuatro tiros á cada uno con media docena de fusiles viejos, porque así resuelve esta señora todas sus dificultades.

— Pero ese es un modo que no adoptará vm., milor, exclamó Peveril, cuyo pensamiento es-

taba en Adelaida, si se puede decir que se apartaba de ella ni un momento.

— Ciertamente que no, no le adopto. La muerte de Guillermo Christian me tiene ya de costa una buena mitad de mi herencia; maldita la gana que tengo de disgustar á mi real hermano Carlos por otra barrabasada semejante. Pero no sé yo como apaciguar á mi madre. Me alegrara se realizase la insurreccion, porque como estamos mejor armados que esos tunantes pueden estar, podríamos matarlos, y siendo ellos los autores de la riña, tendríamos la ley de nuestra parte.

— ¿No seria mejor discurrir algunos medios para obligarlos á salir de la isla?

— Sin duda, pero no será tan facil. Se obstinan en sus opiniones, y las amenazas vagas no los intimidarán. Esa tempestad que brama en Londres es un viento que infla sus velas, y querran bogar en tanto que sople, y sobre esto puedes contar. Con todo yo he dado mis órdenes para saber cuales son los habitantes de la isla con quienes pueden ellos contar; y como yo pueda echar el guante á esos dos dignos

personajes en cuerpo y alma... no faltan chapas en el puerto, y yo me tomaré la libertad de enviarlos á tal distancia, que cuento con el arreglo de los negocios antes de que vuelvan á dar cuenta del suceso.

A este tiempo, se acercó á los dos jóvenes un soldado de la guarnicion saludándolos con el mayor respeto.

— Muy bien, amigo, dijo el conde, dejemos de cortesias, y dinos que te trae aquí. Este hombre, que era un isleño de Man, respondió en la lengua de la isla que estaba encargado de dar una carta á Su Señoría el señor Don Julian Peveril. Julian se la quitó de la mano, y preguntó de quien era.

El soldado respondió que se la entregó una joven, quien le habia dado una pieza de plata para que entregara la carta en propia mano.

— Tú eres un picarillo afortunado, Julian, dijo el conde. Con tu exterior grave y tu reputacion de juicioso y razonable, sabes el modo de hacerte querer de las muchachas, sin el trabajo de buscarlas, en tanto que yo no soy mas que el juguete de todas ellas, y que pierdo el

tiempo y las palabras sin merecer ni una mirada, una sola palabra buena, cuanto menos un billete amoroso.

Pronunció estas palabras con un cierto aire de triunfo, pues en realidad tenia una idea bastante ventajosa del interés que suponía él en sí para inspirar al bello sexo.

Mas con todo la carta producía en Peveril una impresion muy diferente de la que suponía su compañero. Era de Adelaida, y solo contenía estas pocas palabras: — «Temo que este paso esté mal dado; pero tengo precision de ver á vm. Venga pues á buscarme al medio dia junto á la roca de Goddard-Crovan, y que sea con el mayor secreto posible.»

Esta carta no tenia mas firma que las iniciales A. B.; pero no le costó trabajo á Julian conocer la letra. Habia visto muchas veces la de Adelaida, y era bastante notable por su regularidad. Quedóse un momento suspenso, porque conocia no ser facil ni debido dejar á la condesa y su amigo cuando los amenazaba el peligro, y ademas tampoco podia resolverse á

faltar una vez invitado por Adelaida. Hallábase pues muy perplejo.

— ¿Podré yo explicar tu enigma? dijo el conde : ves donde te llama el amor, que yo quedo encargado de excusarte para con mi madre. Mas en lo sucesivo, grave anacoreta, sea vm. mas indulgente de lo que ha sido hasta hoy con los débiles y sus flaquezas; no blasfeme vm. jamas del poder del amor.

— Pero, primo mio Derby... dijo Peveril; y no pudo acabar la frase, porque no sabia que responder. Como él se hallaba preservado con una pasión lícita de la influencia contagiosa del tiempo, había notado con sentimiento algunos mas extravíos en su noble pariente, de los que hubiera querido, y varias veces se tomó el cargo de consejero suyo. Al parecer presentaban las circunstancias una ocasion de desquitarse. Quedóse mirando de hito en hito á Julian, como esperando el fin de la frase, pero no habiendo podido concluirla exclamó diciendo :

— Sí, primo, hasta la muerte. ¡O juicioso Julian! ¡O prudente Peveril! ¡De tal modo has

apurado tu sabiduría en favor mio que nada te resta para tí! Vamos, franqueza, dime el nombre y el lugar; dime siquiera el color que tienen los ojos de la que... ó á lo menos tenga yo el gusto de oírte decir : ¡Yo amo! Confiesa que has cedido á la flaqueza humana, conjuga el verbo *amo*, *amas*, y yo seré para tí un pedagogo benigno, te daré *licentiam exeundi*, como nos decia el padre Ricardo cuando estábamos bajo su férula.

— Puede vm. divertirse cuanto guste á mi costa, milor, dijo Peveril, lo que debo confesar con franqueza es, que si mi deseo puede ajustarse con mi honor, y con la seguridad de vm. así como con la de mi señora la condesa, quisiera tener dos horas de que disponer y mucho mas porque será tal vez de utilidad para la isla el uso que yo haré de ellas.

— Yo me atrevo á decir que esto es muy probable, respondió el conde sonriéndose. Estas citado por alguna bella política para discutir alguna ley suntuaria. Pero no tengas cuidado alguno; parte, parte cuanto antes, para que vuelvas lo mas pronto posible. Yo no temo una

explosion repentina de esta gran conspiracion. Al ver esos bribones que nos hallamos prevenidos, mirarán de dos veces el declararse. Lo único que te recomiendo es la vuelta lo mas pronto posible.

Peveril pensó que este último encargo no debía despreciarse, y gozoso al verse libre de las chanzonetas de su primo, se dirigió hácia la puerta del castillo con intencion de ir al pueblo, ensillar su caballo en las caballerizas del conde, y partir al momento para el sitio aplazado.

CAPITULO VI.

ACASTO. ¡« Qué! ¿tal vez no puede hablar?

OSWALDO. « Si para darse á entender

« Con la lengua es menester

« Sonidos articular,

« Es muda; mas si explicar

« Puede el alma un sentimiento

« Con un gesto, un movimiento,

« Con una dulce mirada,

« Su elocuencia es consumada,

« Sus ojos son un portentoso.

Comedia antigua.

Peveril se halló detenido por la mudita criada de la condesa, cuando estaba ya en la meseta de la escalera primera que servia par ir á la entrada difícil y bien defendida del castillo de Holm-Peel. Era una de las muchachas mas cenceñas y pequeñas que podian verse; pero